








NO TEMAS, SÓLO VOY A
VENGARME DE TI



Nerea Izquierdo de la Torre

NO TEMAS, SÓLO VOY A
VENGARME DE TI





Primera edición: febrero de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Nerea Izquierdo de la Torre

ISBN: 978-84-17362-00-3

ISBN digital: 978-84-17362-01-0

Depósito legal: M-34694-2017

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*Para mis hijas, la luz de mis sueños;
bendita locura querer para siempre y más.*





*Camino apoyada en el bastón de mi estirpe,
mi bien máspreciado, mi familia.*

Agradecida por querer y ser querida.

*Y me embarco en mil historias por vosotras,
Haizea y Nabia, que de un pedacito de mí lo sois todo.
Gracias por dibujar cada día mi sonrisa
y junto a mi estrella ser mi vida.*





Una mujer con punto final

A Mara nunca le había importado coger el autobús para regresar a Palacina del Mar. Los del pueblo se quejaban de lo incómodo que resultaba embarcarse en semejante aventura. Pero ella siempre llevando la contraria. Era cierto que lo que en coche suponía un paseo de poco más de media hora se convertía en hora y cuarto montada en ese trasto. Había que atravesar pueblos en los que la mayoría de las veces ni bajaba ni subía nadie y las maniobras te agitaban como una posesa, con el riesgo añadido de morderte la lengua si un bache salvaje te pillaba desprevenida. Pero a ella esa hora larga le confería una paz difícil de explicar. Buscaba el lugar perfecto, a poder ser más o menos por la mitad y junto a la ventana. Colocaba el bolso en el asiento de al lado para evitar compañeros de viaje con ganas de charla y... ¡A disfrutar! Sus ojos se perdían en un paisaje precioso que nunca se cansaba de contemplar. Era una sensación turbadora, su mente seguía girando al ritmo marcado por sus preocupaciones, pero al final del viaje lo hacía de manera más pausada.

Le exasperaba, eso sí, la obstinación de ese vehículo por formar parte de su historia. A pesar de sus denodados esfuerzos por variar de destino siempre la conducía de vuelta a un pueblo que no le atraía en absoluto. Pero, como ella decía, eso sólo podía achacarse a su torpeza; ni más ni menos. A una incapacidad manifiesta para tomar las decisiones acertadas a lo largo de una vida errática y carente de rigor, lógica o sentido. Hablando con claridad, su sueño de infancia siempre había sido huir de ese lugar que tanto odiaba. Y con 42 años recién cumplidos consideraba que había metido tantas veces la pata que ya se veía atrapada entre sus garras *per secula seculorum*.

«Lo que nadie puede negar es mi valentía, a pesar de mis sonadas equivocaciones sigo intentándolo una y otra vez. Bueno, vale, yo de osa-

da aventurera no tengo nada. Amparándonos en los resultados todos los del pueblo y alrededores lo achacarían a una cabezonería mal entendida. O a una locura que se manifiesta cada vez de una manera más evidente. O, lo que es más probable que piensen a estas alturas, a la inconsciencia de una loca cabezona.»

Pero en su enésimo desengaño se negaba a preocuparse por lo que la gente pudiera pensar de ella. Daba por hecho que iba a ser el hazmerreír y que iba a volver a estar en boca de todos durante un tiempo.

«Ya me da exactamente igual. Lo único que me importa es cómo superar este cansancio que me atenaza desde hace unos cuantos meses. Sólo quiero centrarme en eso, en encontrar de nuevo las ganas de vivir. No voy a ponerme melodramática, no, no y no. Aunque sí es cierto que tengo un puntito, por no decir un puntazo, de exageración que transforma todo lo que me sucede en una tragedia griega con tintes de culebrón sudamericano. Pero es que para lo bueno y para lo malo y, sobre todo para lo peor, soy tan intensa que a veces me asusto de mí misma. Y lo más grave del asunto es que no me entiendo ni yo. Mira que me estudio en profundidad, investigo la razón de mis extraños comportamientos, recapitulo con posterioridad y vuelvo a dar vueltas a todos mis actos. Pues sigo sin entender por qué hago tantas tonterías y meto la pata una y otra vez, una y otra vez... Creo que estoy siendo demasiado severa conmigo misma. Soy humana, no soy perfecta y tengo derecho a equivocarme. Soy humana, no soy perfecta y tengo derecho a equivocarme. Soy... Lo que soy es tonta. ¿Dónde leí que repetir la frasecita en cuestión iba a provocar que me sintiera mejor? Pues no me siento mejor, para nada, todo lo contrario... Tengo unas ganas tremendas de llorar.»

Y con fuerza cerró los ojos intentando sin éxito que esas lágrimas no escaparan de sus ojos. Sabía que si algún alma caritativa la veía con los ojos hinchados le iba a faltar tiempo para inventar el argumento de su nueva locura.

—Pues sí, Adelita hija, en el autobús venía, descompuesta y con un ataque de nervios. Para mí que el padre del niño se ha cansado de tantas tonterías. He oído que quiere quitarle la custodia.

—No sé, no sé... Que yo también he escuchado en la panadería que decía la Sole que había escuchado a la Mari, la madre de esa chica que va mucho con ella, no sé cómo se llama... Pues su madre ha dicho que

está muy desmejorada y que puede ser que le haya pasado como con el primero, embarazada y a saber de quién.

—Bueno, el padre del primero se acabó casando con ella... Aunque fíjate lo que duraron, si es que es una cabeza loca y tan modosita que parecía. Pero si creo que ni siquiera llegaron a casarse... Él no quería... Así que fíjate, sólo vivieron juntos, con un hijo y sin pasar por el altar.

—¡No me digas!

—Pues sí.

«En fin, que me pierdo, voy a tener que pensar seriamente en encontrar la manera de centrarme porque desvarío con una facilidad pasmosa. El caso es que no puedo venirme abajo, no, que me conozco, que luego me cuesta muchísimo salir del pozo en el que cada vez me recluyo más a menudo. Tranquilízate Mara que sólo es cuestión de encontrar el lado positivo del asunto. No ha pasado nada que no te haya sucedido antes, te habías ilusionado de nuevo, sin más. El hombre en cuestión te había proporcionado unas alas preciosas con las que te mantenías en las nubes soñando que por fin alguien te quería y te convenciste de que con él podías ser feliz. Y de nuevo te han arrancado las alas a traición y sin miramientos. Desprotegida has caído de esas nubes tan acogedoras y te has golpeado con tanta fuerza contra el suelo frío y duro que te duele todo el cuerpo. Pero sobre todo, lo que más te dolía era el alma; no el corazón, el alma. Es un dolor más profundo, más intenso y sangrante. Porque ya no tengo tiritas con las que tapar la herida. Porque cada vez me cuesta más encontrar el remedio contra la pérdida de la ilusión o el brebaje que aniquile esa soledad que echa raíces cada vez más fuertes y retorcidas dentro de mi alma.

Voy a intentar ser objetiva por una vez en la vida y hacer un estudio exhaustivo de los hechos sin caer en sensiblerías. Primer hecho que no admite réplica, está claro que no era el hombre de mi vida. Y yo lo sé ahora y lo sabía cuando me embarqué en semejante aventura. Como diría mi madre, lo que tenía que pasar ha pasado, te ha dejado, te ha hecho daño y, para rematar la jugada, durante este tiempo ni siquiera has sido feliz.

Ahora me dedico a besar ranas, aun sabiendo que a la larga no se convierten en el príncipe anhelado, siempre acaban mostrándose como sapos asquerosos. Me dejo atrapar en sus redes y aguanto lo que sea por

unas migajas de cariño cuando ellos desean, saldos que no son ni por asomo lo que yo necesito. Yo acepto su juego, doy todo de mí para retenerles y al final acaban dejándome de nuevo en la más profunda soledad. Y la única culpable soy yo. Por aceptar sus reglas y entregarme sin límites a hombres que no me convienen. Y me rebajo y hasta suplico que me quieran, como si no fuera merecedora de serlo, como si no valiera nada y tuviera que mendigar por una pizca de cariño.

¿Por qué soy así? Sólo me falta pregonarlo o llevar un cartelito “hago lo que sea con tal de que me quieran un poquito, lo que sea”. Y si se trata de desinhibirse, tranquilo, no te dé reparos mi timidez. Para solucionarlo ya aflorará otro de mis problemillas. Una adicción más en mi vida, ¿qué más da? Porque ésa es otra... ¿Se puede caer más bajo? Sólo me falta convertirme en una alcohólica. Y voy camino de conseguirlo, para qué me voy a engañar con mentiras piadosas. Por desgracia me gusta la forma de ser y de comportarse de esa Mara ingeniosa y desinhibida en la que me convierte el maldito alcohol. Maldito ese líquido que quema mis entrañas y se empeña en hacerse imprescindible. ¡Madre mía! Esto está mejorando por momentos. No ha sido muy buena idea repasar la lista de las sombras de mi pasado más inmediato: locura, alcohol, relaciones amorosas tormentosas, inseguridad... Me estoy deprimiendo y debería enfrentarme a enemigos de semejante envergadura cuando mi armadura no sea tan liviana.

O no.

Quizá el problema haya sido ése, no haberme dado cuenta de que soy incapaz de abandonar mi espiral de destrucción.

Nada va a mejorar.

Quizá llega un momento en la vida en el que hay que rendirse sin más...

Quizá ha llegado el final.

Sólo sé que me envuelve una angustiosa soledad y que tengo miedo. Mucho, mucho miedo.»

Otra mujer en el mismo punto

El pasado acecha en silencio

—Milú, ¿estás dormida?

—Sabes que preguntar eso es una incongruencia.

—No entiendo lo que eso significa, pero tú me lo vas a explicar, ¿verdad?

—Siempre me desarmas con tu inocencia, aunque me lo propusiera sería incapaz de enfadarme contigo. ¡Qué castigo tengo! —y no pudo evitar reír a carcajadas—. ¿Qué te pasa ahora? Es muy tarde.

—Tengo miedo y no puedo dormir. Ya están otra vez... Va a pasar algo horrible.

—Tranquila, todo va a ir bien.

—Yo quiero ir a ver a mamá. No está bien, lo sé.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya no la oigo hablar...

—Eso no significa nada.

—Sí... Sí... y tú lo sabes... ¡Porque tampoco la oigo llorar!

Y como impelida por un resorte se metió en la cama de su hermana ahogada en un llanto desesperado. Con un movimiento brusco se aferró a su cintura con el único propósito de impregnarse de un poquito de esa tranquilidad que su presencia siempre le proporcionaba.

—Por favor... Tenemos que ver si mamá está bien... Por favor Milú.

—Sabes que no podemos salir de la habitación.

—Por favor...

No fue necesario acallar el rumor de las súplicas de su hermana pequeña. Un golpe seco, el estruendo de algo que se hacía añicos y un gemido apenas audible provocaron que se levantara atropelladamente.

—No se te ocurra salir de la cama y menos de la habitación. ¡Prométemelo!

Pero no esperó a escuchar la promesa de su hermana. Decidida abrió la puerta dispuesta a no rendirse, ni dejarse avasallar, aun sabiendo de antemano la escena a la que iba a enfrentarse.

—¡Deja en paz a mamá!

—¡Vete ahora mismo a la habitación y no se te ocurra salir bajo ningún concepto!

—No pienso irme aunque me obligues. No te tengo miedo.

—¡Que te vayas!

—Mi niña, haz lo que te dice, por favor. Te lo ruego... —el susurro de una voz dulce, con síntomas marcados de cansancio y miedo, provocó que la niña se detuviera.

—Mamá, estás sangrando...

—O entras en la habitación o prepárate porque vas a pasarlo francamente mal... —el hombre intentó acercarse a la niña mientras la amenazaba con el puño en alto.

—¡Nooooo! A ella no

La mujer tiró de la camisa del agresor con la intención de proteger a su hija. Él, furioso, la zarandeó con fuerza mientras la niña golpeaba su espalda gritando que la soltara. Fuera de sí la lanzó salvajemente contra la pared. Tras un golpe seco cayó al suelo sin que se escuchara el más leve quejido.

—¡Mamá! —gritó con toda la rabia de la que fue capaz—. Eres un... Eres un cerdo asqueroso. ¡Te odio con todas mis fuerzas!

—¡Ven aquí que te vas a enterar!

—¡Milú! ¡Milú! —la hermana pequeña gritó asustada tras la puerta entreabierta de su habitación.

—Ahora corres, claro. ¡Idiota! Tranquila que tarde o temprano te daré lo que te mereces. ¡Niña estúpida! —vociferó—. ¡Y tú levántate ahora mismo! Tan imbécil como sus hijas

—Bebé cierra la puerta, tenemos que hacer algo. Mamá no está bien. Vamos a buscar a la abuela.

—Estoy en pijama

—No pienso dejarte aquí a solas con él. No podemos salir por la puerta principal porque nos pillaría. Tenemos que ir al baño sin hacer

ruido y deslizarnos por la ventana al patio interior. De ahí tendremos que colarnos por la ventana que da al portal y salir a la calle. Es muy fácil, ya lo verás.

—Yo no voy a poder.

—No voy a irme sola. Yo te ayudo, pero no tenemos que hacer ningún ruido.

Aprovechando que él continuaba con sus desvaríos se escabulleron en silencio, era su oportunidad de llegar al baño sin ser descubiertas.

—Levanta del suelo, sé que estás fingiendo. Si hicieras las cosas como yo te digo no pasaría nada de esto. Tú tienes la culpa de todo, sacas lo peor de mí porque no tienes otro afán que llevarme la contraria. ¿Cuándo vas a aprender a hacer las cosas bien?

El eco de su voz sonaba de fondo.

—Mira Bebé, saltar de la ventana al patio no es tan difícil.

—Pero yo no puedo bajar por esa tapia, está muy alto.

—Sí puedes, confía en mí. Yo te empujo, así, muy bien. Ahora espera en el borde a que suba, salto yo primero y luego te cojo a ti.

—Tengo miedo.

—Deslízate y luego déjate caer. No va a pasarte nada, te lo prometo, yo voy a cuidar siempre de ti.

La pequeña cayó con más fuerza de la esperada, pero su hermana esperó estoicamente a que se encontrara a salvo antes de soltarla. A pesar de sentir un dolor extremo en el brazo derecho aguantó sin venirse abajo aun sabiendo que su peso lo había dejado inutilizado.

—¡Ves! Todo ha salido perfecto. Dame la mano y vamos corriendo a buscar a la abuela. Espera, ponte en este lado.

—Milú, tu brazo está torcido. Ha sido culpa mía, ¿verdad? Lo siento mucho...

—No, tranquila, es que corro mejor así. Sécate las lágrimas porque estamos a dos pasos de la casa de la abuela y todo va a solucionarse. Ya lo verás.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —y la que no pudo contener las lágrimas fue ella.

La casa de la abuela estaba relativamente cerca de la suya. Avivadas por la gravedad de la situación recorrieron los escasos cien metros en cuestión de segundos.

—Abuela, tienes que venir a casa. Mamá... Él...

Estaba tan nerviosa que era incapaz de encontrar las palabras adecuadas para explicar la situación. Pero la abuela no necesitaba escuchar nada para darse cuenta de la trascendencia de lo que estaba sucediendo. Tomó a las niñas de la mano y bajó las escaleras a velocidad de vértigo.

Nada más abrir la puerta supo que el día que tanto temía había llegado.

—¿Qué coño haces tú aquí vieja loca? —el eco de un grito desagradable en exceso inundó la estancia provocando que la abuela sintiera un escalofrío y las niñas temblaran de pies a cabeza.

—No pienso permitir que vuelvas a hacer daño a mi hija o a mis nietas —a pesar del terror que ese hombre provocaba no tuvo más remedio que fingir una determinación que no poseía.

—Espero que no se te haya ocurrido llamar a la policía. Porque todavía no sabes de lo que soy capaz.

—Tranquilo. No voy arriesgarme a que mi hija retire de nuevo otra denuncia. Cariño lleva a tu hermana a la habitación y no salgáis hasta que yo os avise —pero nada más pronunciar esas palabras se dio cuenta de que su tono de voz resultaba extremadamente duro para esas niñas asustadas—. Por favor, confiad en mí —y con una tímida sonrisa intentó transmitir cierta tranquilidad. Antes de que su estado real de nerviosismo aflorara sacó lo que traía bien escondido en el bolsillo de su abrigo.

—Tú has perdido la cabeza. ¡Dame ese cuchillo ahora mismo! —fuera de sí se acercó a ella dispuesto a arrancar el arma de sus manos.

La lucha era tan desigual que sólo era cuestión de segundos que se apoderara del cuchillo. Él tenía sobrepeso y nunca se había interesado por ningún tipo de actividad física para mejorar su estado de dejadez. Pero la mujer a la que se enfrentaba medía casi medio metro menos que él. Aun así, ella no estaba dispuesta a dejarse vencer tan fácilmente, la rabia contenida a duras penas durante años de sufrimiento le proporcionaba la fuerza necesaria para pelear hasta la extenuación.

—Deja de hacer el imbécil de una vez. A ver si te crees que vas a poder conmigo vieja enclenque.

—Te odio con todas mis fuerzas y prefiero dejar que me mates para que acabes pudriéndote en la cárcel.

Y mientras pronunciaba esas palabras sintió cómo los huesos de su brazo se hacían añicos por la fuerza de un agresor carente de remordimientos. No contento con ello la golpeó con fuerza en el estómago. La abuela se desplomó gritando de dolor.

—¿Ahora quién tiene el poder chiflada de mierda? Hasta aquí ha llegado tu vida lamentable... —y con una risa siniestra se abalanzó sobre ella.

Ella cerró los ojos terriblemente asustada y...

Un grito salvaje provocó que los abriera.

—¡Cariño!

El agresor cayó al suelo tras soltar el cuchillo. La niña había golpeado su cabeza con toda la fuerza que su cuerpo menudo albergaba. Tras unos segundos sin poder reaccionar se acercó a su abuela.

—Abuela... Levanta, por favor... Tenemos que hacer algo, va a despertar y...

Sólo tuvieron tiempo para coger el cuchillo. Por desgracia él abrió los ojos antes de que pudieran pensar qué debían hacer.

—¡Mierda de niña! ¿Con qué me has golpeado? Estoy sangrando... Vas a saber lo que les pasa a los que se meten conmigo.

—¡Deja en paz a la niña ahora mismo!

—¿Y si no me da la gana vieja del demonio?

Pero no fue capaz de alcanzarla porque ni siquiera pudo levantarse del suelo. Algo no iba bien y él sabía perfectamente de qué se trataba. Asustado se sujetó el brazo izquierdo mientras unos ruidos extraños emergían de su garganta.

—Te está dando otro ataque, ¿verdad? La mejor prueba de que Dios existe.

—La pastilla..., en mi mesilla.

—¿Cómo? No te oigo, estoy tan mayor ya...

—Primer cajón de la mesilla... No puedes dejarme morir...

—¿No puedo? Pobrecito, pero tienes razón, hay que darse prisa porque puedes morir si no te tomas la pastilla a tiempo.

—Abuela...

—Cariño, mira cómo está mamá y llama cuanto antes a una ambulancia —con determinación tomó las riendas—. No tengas miedo que no nos va a hacer nada. Yo iré a coger esa pastilla, deprisa... Muy deprisa... —pero las últimas palabras las pronunció muy lentamente.

—La pastilla...

—Voy a ser tan buena contigo como tú lo has sido con mi hija. Y espero que ella se recupere, porque como tú te salves y ella no voy a acabar contigo con mis propias manos.

—¡Abuelaaaaaaa!

Un chillido desesperado rasgó la trágica escena. La abuela se giró mientras un escalofrío la recorría de pies a cabeza. Sólo se trataba de una premonición, pero aun así no pudo evitar que su corazón comenzara a latir a un ritmo extremadamente rápido. Y la imagen de su nieta arrodillada junto a su hija provocó que su esperanza se desvaneciera por completo.

—Abuela... —la niña lloraba y gritaba intentando hablar sin conseguirlo apenas—. ¡Abuelaaaa! Mamá... mamá...

La escena era sobrecogedora. La niña acariciaba con delicadeza el rostro de su madre mientras su otro brazo permanecía en alto cubierto de sangre.

—Mamá no se mueve, no sé si respira, no... —y comenzó a temblar presa de un ataque de nervios.

—Cariño... Déjame que...

—No abuela, no te acerques —a duras penas consiguió controlar su desesperación—. Tienes que vigilar para que no pueda levantarse. No dejes que se acerque a mamá. No lo permitas...

—Necesito la pastilla —su voz sonaba lejana y apenas audible.

—Abuela, si mamá se salva ese cerdo no va a parar hasta matarla... Y si ella muere... Si muere seguro que consigue librarse...

La abuela permaneció muy quieta junto a él mientras observaba a su nieta y a su hija.

—Mamá vas a ponerte bien, seguro. Tienes que aguantar porque no puedes morirte... —la niña siguió acariciando el rostro de su madre con ternura—. Piensa que Bebé te necesita, necesita mucho cariño y ni la abuela ni yo sabemos dárselo. Va a sufrir muchísimo si tú no estás y yo no quiero que lo pase mal. Y la abuela... A ella no le gusta cocinar y la paciencia no es lo suyo, seguro que la sacamos de quicio y tampoco va a ser feliz sin ti. Y yo... Yo...

El timbre provocó que tanto la abuela como la niña se sobresaltaran.

—La ambulancia cariño... Ellos saben lo que tienen que hacer.

—¡Abuela! —la niña se aferró a su abuela con fuerza—. Mamá no se puede morir... Porque... Porque...

—Cariño...

—Porque ella siempre... Y yo no... «No puede morir sin escucharme decir que la quiero. Ella me dice a todas horas lo mucho que me quiere y yo... ¡Yo no se lo he dicho nunca! Me daba vergüenza y siempre contestaba “yo también”... Lo ves abuela, no puede morir, no puede... Tiene que oír lo mucho que la quiero... Tengo que decírselo... Y yo... Yo soy un desastre y soy la que más la necesito... Yo...»

La abuela la abrazó con fuerza sin decir nada. No encontraba palabras de consuelo para la desesperación de la niña. Ya no. Había perdido la fe, ella misma se sentía ya muerta por dentro.

*

—¡Joder! —Lúa despertó empapada en sudor respirando con dificultad— ¡Maldito sueño de mierda! ¿Cuándo va a parar de atormentarme?

Lúa miró a su alrededor, estaba totalmente descolocada, ni siquiera podía recordar dónde se encontraba. Al percatarse de que ese asiento sólo podía ser de un autobús su cabeza comenzó a atar cabos. Comprendió que el viaje planeado a todo detalle durante días ya era una realidad.

«¡Mierda! Espero no haber llamado la atención hablando en voz alta. No puedo empezar así. ¡Joder!»

Pero la gente del autobús parecía no haber reparado en ella, seguían charlando amigablemente, durmiendo o escuchando música como si nada hubiera pasado.

—Mi último viaje...

Lúa se revolvió incómoda en el ajado asiento del autobús tras susurrar esas palabras. Ella misma se sorprendió al darse cuenta de que las había pronunciado con cierto deje de tristeza. ¿Por qué?, se preguntó un tanto preocupada, «Me encuentro aquí sentada por una decisión libre y profundamente meditada, dicho de otro modo y hablando con claridad, porque me da la gana.»

Y sin ni siquiera proponérselo se halló sumida en una vorágine de dudas, interrogantes y miedos que la abocaron a la más absoluta desesperación. Tras unos tensos segundos sus dificultades para respirar eran

más que evidentes. Sabía que no tenía un plan perfectamente definido y eso acrecentaba la preocupación sobre su capacidad para conseguir su objetivo. Lo que sí tenía claro era que no podía permitirse ningún signo de debilidad y que nada ni nadie iba a interponerse en su camino. Dispuesta a controlar la situación cerró los ojos mientras tomaba aire muy lentamente.

«Bueno, es lo que me recomendó Carmen y siempre me echa la bronca por no seguir sus consejos.»

Y una sonrisa siniestra se adueñó de su cara mientras sus ojos se perdían en las imágenes de un paisaje cuya belleza no era capaz de captar su atención.

Tenía claro que no estaba actuando conforme a las directrices marcadas por los consejos de Carmen. Pero necesitaba dar validez al plan que había desarrollado aunque fuera negando la evidencia. Ella no respaldaría sus actos, todo lo contrario, se enfadaría y no dudaría en mostrar su decepción más absoluta. Y Lúa nunca sería capaz de rebatir sus acusaciones, porque sabía perfectamente que había hecho una interpretación demasiado personal e interesada de lo hablado en la última sesión. No se sentía muy orgullosa al tergiversar así sus palabras, pero necesitaba autoengañarse con la supuesta aprobación del camino que iba a emprender por la única persona que aún significaba algo para ella.

Sin pretenderlo acudieron a su mente una sucesión de imágenes de los hechos que provocaron el primer contacto con Carmen. Habían pasado ya demasiados años, veintidós para ser exactos, meses días y horas perfectamente calculadas, pero no quería que nadie pensara que se trataba de una condena. En esa época ella tenía 18 años y llevaba un par de años alejada de la influencia de psiquiatras y psicólogos por decisión propia. Y eso que su abuela siempre se había opuesto a que dejara las visitas semanales. Era su tutora legal y, moralmente hablando, ni su hermana ni ella rebatían ninguna de sus decisiones. No le importaba en absoluto que sus nietas cambiaran de persona, de sexo, que fuera un psicólogo experimentado o no, joven o mayor, ni siquiera ponía pegasa a los métodos utilizados. Sólo había una cláusula no negociable, la visita al psicólogo era obligatoria y no admitía discusión alguna.

Hasta que Lúa tuvo fuerzas suficientes como para cuestionar la obligatoriedad de las reglas no escritas de la familia. Sólo necesitó aprove-

char el decaimiento de su abuela días antes de la fecha que había supuesto un antes y un después en sus vidas. Empezó su discurso una tarde fría de domingo, esos días que tanto disfrutaba tirada en el sofá escuchando la lluvia golpear el cristal de las ventanas de la sala. Su abuela leía muy concentrada un libro en el sillón. Abuela, tenemos que hablar. Y sabedora de lo imprevisible e impulsiva que era su nieta rogó a Dios que no se tratara de otra locura de las suyas.

Lúa comenzó reconociendo que no había tenido mucha suerte con los profesionales elegidos y que valoraba enormemente su esfuerzo económico durante tantos años. Y terminó añadiendo que con 16 años ya se sentía capacitada para poder enfrentarse ella misma a los fantasmas del pasado.

Llevaba semanas urdiendo el plan «deshacerse de la psicóloga» y tenía la lección bien aprendida. Luisa, la psicóloga del momento, era una pesada y su visita semanal era una tortura. Sabía a ciencia cierta que le contaba sus intimidades a su abuela y no estaba dispuesta a permitir que esa señora aireara así sus miedos o sus tribulaciones adolescentes. Iba a cargársela y lo consiguió de una forma mucho más sencilla de lo que esperaba. «La abuela se está haciendo mayor —se dijo—, está perdiendo la fuerza de su regencia. O piensa que estoy mejor o que no tengo remedio, no sé qué es peor». La razón nunca la supo, su abuela aceptó su propuesta sin intentar convencerla siquiera de que recapacitara.

En cierto modo Luisa no era el problema, Lúa arrastraba un cansancio emocional muy acusado y una total falta de fe ante la ayuda que podría proporcionar a su espíritu un psicólogo, fuera el que fuera. No se trataba de negar la profesionalidad de las personas que habían ahondado en sus traumas y debilidades. Simplemente se había convencido de que ella era un caso perdido, nunca podría llevar una vida normal en el terreno personal mientras no pudiera enterrar su odio. Y si algo tenía claro era que nunca se sentiría capacitada para perdonar y pasar página.

Pero su espíritu tenía un componente masoquista que se imponía con contundencia a la fuerza opositora de la razón. Y tras esos dos años de seguía un anuncio en un portal captó su atención hasta el punto de llamar al teléfono de una tal Carmen Montilla sin pensárselo dos veces. En cierto modo hizo caso de una señal del destino, indicio inequívoco de que debía conocer a esa persona. Como ella solía decir, todo en la

vida sucede por alguna razón y acabar estampada en el portal de una psicóloga sólo podía tener una lectura válida, debía contactar con esa mujer de inmediato. El empujón de un viandante con demasiada prisa no sólo le ocasionó una muñeca dolorida y una nariz a punto de estallar. Gracias a él conoció a la que se convertiría en su psicóloga definitiva, para acabar siendo la confesora perfecta y la amiga de paciencia infinita.

Eso sí, nada más conocerla lamentó haber sido tan estúpida como para haberse dejado llevar por suposiciones absurdas. ¿Qué podría aportar a su caos mental una mujer de unos cuarenta y tantos años con una sonrisa un tanto absurda y una indumentaria estrafalaria de colores demasiado intensos? Ella misma abrió la puerta y la invitó a que pasara a su despacho, una habitación pequeñita de decoración austera a media luz. Paredes blancas, una mesa preciosa con demasiados papeles, sin ordenador y con dos sillas de madera oscura con asiento rojo mullido que invitaban a probar su aparente comodidad. Tiempo después descubriría la razón de la decoración minimalista predominante en toda la casa. Cuando alguno de sus pacientes carecía de dinero nunca lo dejaba en la estacada. Ella lo comprobó durante los meses en los que sus problemas económicos casi provocan su renuncia a los lunes de terapia. Lo intentó, pero Carmen no se lo permitió.

Carmen no juzgaba su forma de pensar o de actuar, no cuestionaba sus reiteradas meteduras de pata, ni se asustaba ante los ataques de locura a duras penas contenida. Se limitaba a escuchar en silencio, formular las preguntas precisas para que desvelara hasta lo que no tenía intención de contar y así conseguir que se vaciara por completo para ir soltando lastre cada semana, muy poquito a poco.

El problema fue ése precisamente, la lentitud de una recuperación en la que las heridas nunca terminaban de sanar. Y tiempo era de lo que carecía. Porque el destino, ese aliado que estaba resultando tan cruel con ella, había vuelto a golpear con fuerza los cimientos de su supuesta o fingida estabilidad en plena recuperación. Ese revés supuso su muerte en vida, la pérdida total de la mínima fe que aún conservaba. Y lo peor de todo, afloró un sentimiento de culpabilidad doloroso en extremo por no haber hecho lo suficiente para variar ese final. La única responsable de lo sucedido era ella. Por no intuir, por no imaginar, por no reconocer los indicios que revelaban que todo iba mal. Porque necesitaba tanto a la

persona más importante de su vida que no la concebía sin su presencia. La sentencia no admitía reducción de pena, ella era culpable. Culpable, se repetía... Culpable por segunda vez.

Y Carmen fue su ángel salvador, su compañera de penas en silencio, su aliento incansable. Sabía que sin su apoyo no hubiera sido capaz ni de levantarse de la cama. Pero ni siquiera su presencia constante y su infinita bondad consiguieron el más mínimo avance. La historia se repetía de nuevo y, como había sucedido años atrás, las lágrimas hicieron jirones su maltrecho corazón cosido entonces con puntadas demasiado endebles para aguantar revés semejante. Del dolor al odio extremo, otra vez.

—Lúa cielo, tienes que reaccionar, no puedes seguir así.

—¿Por qué? O mejor dicho, ¿para qué?

—Lúa... Ya lo hemos hablado, para continuar con tu vida tienes que enfrentarte a todo y perdonar, sobre todo a ti misma. El odio y el rencor no te permiten llevar una vida normal.

—Ya no me queda nada, así que no necesito hacer nada.

—Esa Lúa fría que ni siente ni padece no es real. Tú no eres así. Desprenderte de tanta rabia te sentará bien, así podrá aflorar por fin esa Lúa con sensibilidad especial que te empeñas en esconder.

—No sé hacerlo y, lo que es más importante, no quiero.

—Hazlo por ella. Un ejercicio doloroso pero efectivo, un viaje para enfrentarte a los recuerdos más trágicos. Arrojarlos fuera de tu vida y llenarte de los momentos placenteros que con seguridad has tenido, pero que te has empeñado en enterrar porque los asocias a lo que te provoca tanta ira. Un viaje para reconciliarte con el pasado y poder afrontar el presente y el futuro.

De eso se trataba, de un viaje al pasado, aunque no para reconciliarse con él. Iba a enfrentarse a sus fantasmas, sí, pero no para desprenderse de la ira y el rencor. Necesitaba todo el odio almacenado en su corazón para llevar a cabo su venganza más personal. Y esta vez no iba a fallar, aunque le fuera la vida en ello.

Precisamente por eso. Porque tras cumplir su misión no tendría nada más por lo que luchar. Iba a resultar muy sencillo acabar con todo. Punto y final.

«¿Y si al quedarme dormida me he pasado de la parada en la que tenía que bajar? —se lamentó—. ¡Mierda! Eso no puede ser, pero mira

que soy tonta... Pues sí que empiezo bien el viaje más importante de mi vida, bajándome en la parada equivocada. Pero no... Creo que en ese cartel pone Palacina... ¿O no? Tenía razón Carmen, no veo tres en un burro. Por favor, que sea mi parada...»